

salario, y sirve, por lo mismo, para poner en contraste las generosas tendencias de la virtud, con los ruines proyectos del interes y de la ambicion. El hombre que obra por aquel noble principio, no marcha á la guerra para verter la sangre de los vencidos, ni para volver á su pais abrumado con la carga de un rico botin: el que se halla colocado al frente de los negocios públicos, no se desvela por conservar un equilibrio político, haciendo alternativamente de tirano con unos y de esclavo con otros; porque no busca en los altos puestos, sino en la verdadera gloria, la corona de sus servicios: uniforma sin esfuerzo su conducta pública y ejercita igualmente su energia en el exterminio de los grandes crimenes y en el desarrollo y fomento de las vastas empresas: el escritor ilustre no vende su pluma á un gobierno inmoral, sosteniéndole contra la opinion de los pueblos; sino que guiado por el sentimiento del honor, ofrece un culto puro á la verdad, é invoca la libertad del pensamiento para quitar la máscara á un gabinete misterioso. Tal vez le aguarda el destierro ó el patíbulo, pero este es un tropiezo ligero que no le sirve de obstáculo para volar á la inmortalidad: he aquí la verdadera gloria estrechamente abrazada con la virtud; he aquí una recompensa mui superior á las pasiones vergonzosas que suelen mover á los hombres de estado; un pensamiento que puede ser visto como la egida poderosa de la moral pública, donde se conserva todavía la significacion verdadera de estas palabras tan dignamente empleadas por el orador romano, *la virtud y la gloria*.

Estos objetos son mui altos en sí mismos para que acaben con nosotros en la tumba: es necesario que una alma que ha sabido comprenderlos y desearlos, sea superior al tiempo y á la muerte. El alma es inmortal: dogma sublime y consolador que sostiene victoriosamente los nobles esfuerzos de la virtud en medio de todos los contratiempos y al través de todas las vicisitudes de la vida. ¿Puede darse un orden mas preciso y victorioso á las ideas, ni una marcha mas recta y constante á la demostracion de la verdad?

Si de aquí pasamos al exámen de la segunda cualidad que resplandece en estos pasajes, viene á sorprendernos una sobria y feliz imaginacion que todo lo anima sin esfuerzo, y brilla no tanto por el ornato como por una atractiva simplicidad. Para manifestar el grande aprecio que hacian de los poetas Décimo Bruto y Fulvio, dice el orador simple y elegantemente que el uno adornó con los versos de Acio el pórtico de sus templos, y que el otro no vaciló en ofrecer á las musas los despojos de Marte. La virtud aquí no es un ser

abstracto y puramente ideal, sino una persona que desea la noble recompensa de la gloria: la vida es una rápida y corta correría: su fin está expresado con los límites de una region, límites que salva el pensamiento: la inclinacion á las acciones virtuosas es una especie de genio intelectual, que dia y noche aguijonea con los estímulos de la gloria: el elogio de las grandes virtudes é ilustres pensamientos es una pintura grande, exquisita y primorosamente concebida y ejecutada por el genio; y el mismo orador se convierte en una semilla fecunda, en una planta feraz que se ha de ramificar por todo el universo, y ha de germinar léjos de su tallo, y allá en la posteridad mas remota. ¿Cómo exaltar dignamente esta admirable facundia, esta imaginacion dirigida con tal arte, que parece ocultarse á nuestra vista en el instante mismo en que ostenta sus bellas y delicadas formas! Efecto es de un ingenio supremo servirse de la imaginacion con tan insigne superioridad, hacer que nos arrebate con todo el encanto de la figura y el colorido, y nos deje al mismo tiempo sondear los conceptos profundos y las ideas sublimes de la Metafísica. ¿Qué dirémos del sentimiento! Nada sino pagar un dulce tributo á los talentos de tan gran maestro con cierta especie de éxtasis y el profundo silencio de una admiracion respetuosa. ¿Qué chispa es esta tan ténue en su principio y tan fecunda y poderosa en sus resultados! ¿Porqué incomprendible magia hemos olvidado ya los derechos que se disputan á Licinio, el testimonio de Lúclea, los registros de Metelo, el solemne juramento de Heracléa, para ocuparnos única y exclusivamente en la poesia? ¿que digo en la poesia? única y exclusivamente en la gloria. Ya no es el orador el único que se exhala en estos sentimientos: son todos los magistrados; es el pueblo todo, porque esta noble tendencia es de todos los hombres, y mui particularmente de las almas grandes.

EPILOGO.

“Conservad pues, oh jueces, á un hombre de tal conducta, que la véis comprobada por la nobleza y antigüedad de sus amigos; de un genio tan vasto, cuanto es indispensable suponer para verle solicitado con el mayor entusiasmo por los primeros talentos; á un hombre, finalmente, cuyo ya causa es de tal naturaleza, que está justificada con el

“ beneficio de la lei, con la autoridad de un municipio, con el testimonio de Lúculo y con los registros de Metelo. Haced, os ruego, por razones tan sólidas, y por los mismos dioses, si en negocios de tan grande interes no basta la recomendacion humana, que un hombre que ha exaltado siempre á vuestros generales, á vosotros y las proezas del pueblo romano; que ofrece consagrar á nuestros últimos peligros domésticos un testimonio eterno de alabanza, y es del número de aquellos que universal y constantemente han merecido el concepto y el nombre de sagrados; halle tal acogida entre vosotros, que parezca engrandecido por vuestra benevolencia, mas bien que profanado por vuestra severidad.”

“ Lo que acabo de exponer acerca de esta causa, con la brevedad y sencillez que tengo de costumbre, confío, jueces, en que habrá merecido vuestra aprobacion; y que habréis echado á buena parte cuanto en un estilo que no es del foro ni ménos judicial he dicho sobre el ingenio de este hombre y generalmente sobre los estudios que cultiva: pues respecto del magistrado que preside, lo sé con toda certidumbre.”

Sin ocupar ni aun una página completa este epílogo, nos hace admirar un prodigio de concision, elegancia y energía. Al ver en él todo el discurso hasta en sus últimos pormenores, presentado con tan feliz eleccion y distribución en las palabras y en las ideas, nos parece una hermosa miniatura en que se han apurado todos los esfuerzos del arte.

Algunos extrañarán que un discurso de tanto movimiento tenga una conclusion tan calmada; pero esto es precisamente lo que le hubiera faltado para llegar á la perfeccion, si el orador, abandonando el tono tranquilo, hubiera querido excitar en ella mas y mas los afectos. Reflexionemos que lo patético tiene un término y una medida fija; que de él á la declamacion hai una distancia mui corta; que una vez esforzadas las pasiones hasta el punto en que se ven al acabar la parte confirmativa, es un paso tan arriesgado insistir aun en el mismo tono; que lo mas fácil es dar en la hinchazon. A esto debe añadirse, que cuando hemos conseguido ya electrizar en favor nuestro el ánimo del auditorio, toda mocion ulterior seria superflua: porque ya entónces nos basta manifestar sencillamente nuestros deseos, para que sean obsequiados en un todo. He aquí lo que hizo el orador: satisfizo primero á la razon de los magistrados, justificando plenamente el derecho de Archias; hizo luego el elogio de las letras, para pintar despues el talento del acusado: manifestó en se-

guida el interes que los poetas habian inspirado constantemente á los grandes hombres, para inferir de aquí la universal inclinacion á una alabanza bien merecida: la virtud y la gloria se presentaron luego como los objetos únicos porque debian suspirar los hombres esclarecidos: finalmente, la inmortalidad del alma, sentimiento universal y noble, se ofreció naturalmente ya como la garantía de la gloria. Este sistema, en que todo se combina y enlaza maravillosamente, sirvió á Ciceron para llevar lo patético á un grado portentoso. Concluyó su confirmacion, y todos los corazones, palpitando á la vez, se le ofrecian como una señal infalible de que todo lo iba á conseguir de sus jueces. ¿Qué le restaba pues sino manifestarles sus deseos, variando artificiosamente de trono? Véase pues, cómo el tono medio que en el epílogo reina, es una nueva perfeccion que recibe tan excelente conjunto. ¿No tendríamos pues muchos títulos para considerar esta defensa como una produccion de primer orden? ¿Qué medio mas á propósito para formar el gusto de la juventud, que aficionarla de continuo á esta clase de ejercicios, donde puede encontrar juntamente la regla y el modelo que ha de seguir é imitar en sus composiciones oratorias? No pensamos como un escritor que parece procribir de su plan general de estudios el cultivo de las lenguas muertas. “¿Seria, dice, tan preciosa esta ventaja, como el tiempo y el ímprobo trabajo que os costaria alcanzarla? ¿Hasta cuándo ha de durar esta veneracion, esta ciega idolatría, por decirlo así, que profesamos á la antigüedad? ¿Por qué no habemos de sacudir alguna vez esta rancia precupacion, á que tan neciamente esclavizamos nuestra razon y sacrificamos la flor de nuestra vida?”

Mui respetable es la autoridad de Don Gaspar Jovellános, cuya sabiduría, erudicion, talento y elocuencia, le presentan á los ojos de la crítica, como uno de los primeros luminares en el vasto teatro de la literatura española. Sin embargo, se nos permitirá que con toda la reserva y sumision que son debidas á tan insigne maestro, nos opongamos á su modo de pensar, y recomendemos á nuestros alumnos con el mayor encarecimiento el cultivo de la lengua latina, como una fuente la mas copiosa y pura en que pueden beber el poeta, el orador, el político; y como un medio eficazísimo para formarse modelos acabados de buen gusto, y aun para hacer grandes progresos en el cultivo de la lengua patria.

Los poetas de la antigüedad son dechados de perfeccion, no precisamente por lo que debe llamarse peculiar de las épocas mitológicas, sino por una cualidad que pertenece á

todos los tiempos, por aquella delicada perfeccion que todos admiran en sus obras. Ninguno ha disputado á Homero, á Virgilio ni á Horacio el poder de una inspiracion grande y vehemente; pero ninguno tampoco echa ménos en ellos la regularidad de un ingenio bien sostenido. Sus pinturas son perfectísimas, su natural inimitable, su sencillez mui atractiva, sus reflexiones mui felices y oportunas, los pormenores exquisitos y primorosos, y el conjunto regular y sorprendente.

La tribuna y el foro de estos tiempos pertenecen por su nuevo carácter mas bien al entendimiento que á las pasiones: no es ya el pueblo, sino un corto número de sabios magistrados, ó de hábiles políticos, el auditorio que se ofrece por teatro á la elocuencia moderna. No será esta por lo mismo, ni debe ser hoy, una imagen fiel de la griega y romana; pero si una produccion de esta fuente, aunque con aquellas modificaciones que naturalmente exige la diferencia de los tiempos. Ridículo sería sacar á plaza en nuestros discursos forenses las lágrimas de la viuda y del padre, las nobles cicatrices, los vestidos enlutados y todas las pantomimas de los antiguos; nada prudente quererlo deducir todo de un corto número de leyes generales, sustituyendo siempre la equidad natural á la justicia civil, y el raciocinio á los códigos; pero la consecuencia inmediata que de aquí nace, no es el abandono absoluto de los principios y las reglas del bien decir, ni la omnimoda libertad para seguir indistintamente cualquiera rumbo con tal que sea defectuoso: no, la razon no ha perdido sus fueros, y el buen sentido conserva sin menoscabo todos sus títulos. En el siglo decimonono, lo mismo que en el de Pericles, en el de Demóstenes y en el de Hortensio, Ciceron y Julio César, una acusacion ó una defensa no debe ni ha debido ser el hacinamiento grosero y detestable de un lenguaje burdo, hechos presentados á bulto, leyes y autoridades empleadas sin discernimiento y sin crítica; sino un discurso regular, compuesto de todas sus partes constitutivas, y en que, salvas las diferencias de la materia, se conserve la identidad de las formas.

Los códigos no comprenden literalmente todos los casos; las leyes consideran los hechos bajo relaciones mui genéricas, y los hechos mismos se revisten, á influjo de las circunstancias, de mil variadas fisonomías.

Resultan de aquí varias consecuencias importantes. Primera: que permaneciendo el hombre uno mismo en sus tendencias morales en medio de las vicisitudes que padecen las instituciones políticas, los hechos deben ser calificados

siempre por las reglas de la crítica, deben ser purificados de las circunstancias impertinentes, presentados con sus diferencias características, examinados en fin con una discusion esencialmente filosófica. Los grandes modelos para habituarnos á este exámen son Demóstenes y Ciceron, mui dignos de ser imitados en todas épocas y constantemente estudiados de cuantos se dedican á la carrera del foro."

"Segunda: una experiencia constante nos enseña que entre los hechos y las leyes hai siempre un espacio dilatado que solo puede llenar el raciocinio. Pero ¿cuál es la materia de este raciocinio? De parte de la lei, su naturaleza, su objeto, su fin, su conformidad con los principios de la legislacion; en una palabra, su verdadero espíritu: de parte de los hechos, su mayor ó menor influjo en la sociedad, su mas ó ménos importancia moral, en una palabra, su aplicacion verdaderamente filosófica. He aquí un punto que los antiguos practicaron con tan suprema delicadeza, que han conseguido no tener rivales en estos siglos que se dicen mas sabios. Aquellos tenian, es cierto, una senda mas vasta que recorrer por el reducido número de sus leyes, y nuestra carrera está mui limitada; mas no por esto debemos abandonar las huellas de nuestros maestros. Nada importa que los límites se hayan aproximado, puesto que la direccion es idéntica, la que parte de la lei á los hechos. No andemos en buena hora todo el espacio que ellos, pero andemos como ellos, y pisemos de continuo sus huellas en la parte de camino que todavía se ofrece á nuestra marcha.

La política ganaría mucho sin duda en todos sus ramos, aprendiéndose en la escuela de Tácito y Ciceron. Quien lee y estudia con cuidado las obras de este último escritor principalmente, despues de haber leído los escritos de algunos publicistas modernos, tiene el placer de descubrir que no son estos en gran parte sino recomendabilísimos amplificadores de aquel. Allí encuentra el principio de utilidad sin las aplicaciones extraviadas que le han dado el Baron de Holbach y Jeremías Bentham, y allí descubre, como lo permitian aquellas épocas, la fuente de una buena legislacion y las reglas importantes de la conveniencia social. No pudiendo entónces resistir á la evidencia de sus propias observaciones, exclama con Montesquieu: "los antiguos escribieron para los autores; y los modernos, para los lectores."

¿Y podrémos recoger tan abundantes y sazonados frutos del cultivo de los poetas, historiadores, filósofos y oradores latinos, si en vez de habituarnos al idioma original, nos contentamos con meras traducciones? La lengua y el pensa-

miento se unen tan estrechamente en toda clase de obras, que en ninguna de aquellas, por esmerada que sea, podrá conservar este último toda su energía y exactitud; pues un mediano ejercicio en el estudio de los escritores latinos basta para convencerse de la suma dificultad que hai en esto. Nosotros hemos luchado abiertamente con ella en los trozos que se han insertado en este análisis, sin que nos hayan servido para vencerla todos los auxilios que ministra la version francesa de Le Clerc. Con demasiada frecuencia vemos alterados en ella los conceptos, revestidos de extraños adornos, y tal vez completamente desfigurados. ¿Qué dirémos pues de la de l'Harpe ó de las españolas de Oviedo y sus predecesores? Pero la utilidad que debe conseguir la juventud estudiando en el mismo original á estos autores, aparece de un modo mas sensible en la siguiente observacion.

Dijimos que el cultivo de la lengua latina contribuye no poco á facilitar los progresos en la lengua patria; verdad importantísima en el sistema de la enseñanza, por mas que de pronto se presente con cierto aire de paradoja. No es nuestro ánimo proscribir, como algunos, el estudio de la Gramática castellana, y sostener que esta lengua se aprende bien con solo estudiar la latina; sino hacer concurrir en la traduccion de los autores que escribieron en este idioma, los principios de ambas lenguas.

Cuando nos servimos del idioma patrio sin mas objeto que manifestar las ideas que nos han ministrado los libros españoles, no experimentamos ninguna violencia que nos ponga en el caso de buscar y analizar filosóficamente las palabras. No sucede lo mismo cuando emprendemos la tarea laboriosa de una version donde se ejercitan á la vez el entendimiento y la memoria. Siendo casi seguro que nuestro caudal de voces no basta, necesitamos recurrir mui frecuentemente á los diccionarios; y no bastando tampoco estos, porque ninguno fija ni puede fijar los sinónimos de una lengua demasiado libre y variada, como es la de Ciceron; examinamos detenidamente el pasaje, buscamos todos los equivalentes de la nuestra, analizamos con el mayor detenimiento cada palabra, señalamos con escrupulosidad sus diferencias; y casi no traducimos una cláusula, sin haber hecho concurrir á este trabajo muchos conocimientos exquisitos, sin haber fijado algunos sinónimos, sin haber dado precision á las palabras españolas y sin haber puesto en práctica, no los silogismos, entymemas &c., sino una lógica mas exquisita, la lógica de las lenguas. Este ejercicio no seria tan provechoso en un idioma moderno: porque todos los que hoy se ha-

blan están en un contacto mui íntimo, para que se noten al traducirlos todas las diferencias que hai entre cualquiera de ellos y el latino. ¿Cuáles serian pues los resultados infalibles del cultivo filosófico de los poetas y oradores latinos? Enriquecer la memoria, dar buenos hábitos al raciocinio, dominar la atencion y la reflexion á nuestro arbitrio, reunir excelentes modelos para formar nuestro gusto en todos los ramos de la composicion, poseer nuestro idioma de un modo filosófico y usual al mismo tiempo, adquirir precision, exactitud, elegancia, riqueza y facilidad en el uso de la palabra. He aquí lo que deberán conseguir nuestros alumnos, manejando los autores de buena latinidad y mui principalmente las obras de Ciceron, á quien debemos mirar como el mas sensato de los antiguos filósofos, como el depositario del antiguo saber, como el primero de todos los maestros para formar el buen gusto con excelentes preceptos, como un publicista consumado, y como el dueño con Demóstenes del primer rango en la escala sublime de la elocuencia.

